

29 de octubre de 1933. Han transcurrido veintiún años, los que necesita un hombre para ser soldado, para ser ciudadano.

Entonces empezábamos a ser jóvenes los mismos que ahora vamos ya para viejos. Pocas veces la Historia ha podido recoger otros veintiún años tan llena de sí misma. Los hechos vienen escalonadamente a la memoria, como una película que se fuese desenrollando al revés. Permittedme que los evoque, con la nostalgia agridulce de aquellas horas hermosas, solemnes y trágicas a un tiempo.

Gran triunfo electoral de las derechas en noviembre del mismo año 33, más arrollador y clamoroso de lo que esperaban las derechas mismas. Bienio de radicales y de cedistas. Lucha entre los que querían adaptarse al régimen republicano y airosa gallardía y española lealtad de los que seguían la bandera del Rey proscrito. Y aun éstos, divididos en alfonsinos y carlistas. Las J. O. N. S. muy recientes y la Falange acabada de nacer, como portadoras de un orden nuevo que atraía a buena parte de las juventudes españolas. "Roma o Moscú", era entonces un dilema muy al uso de la dialéctica juvenil.

Monárquicos y falangistas formaban la vanguardia de la lucha contra la República y el marxismo y de ellos estaba saliendo la justificación ideológica y el calor popular del Movimiento.

Tres corrientes principales formaron el ambiente espiritual que hizo cauces por los que discurrió el descontento de la mayoría del país: Acción Española, con Maeztu, Pradera, Pemán, conde de Santibáñez, Luca de Tena, Saiz y otros varios, que representaban la tendencia de un monarquismo renovado, doctrinal y dinámico. La Falange de José Antonio y sus primeros camaradas, con las J. O. N. S. de Onésimo Redondo y Ledesma Miranda, que traían el impulso y la orientación europea, nacional y revolucionaria, de lo que entonces se llamaba "el tiempo nuevo", y los Requetés, que encarnaban la vieja solera católica y españolísima, el ímpetu recio y arrollador con el fondo ingenuo, elemental, demagógico y popular del carlismo.

El segundo bienio de la República fracasó completamente. Si el primero fue, al decir de uno de sus forjadores—Martínez Barrios—, "sangre, fango y lágrimas", el segundo mereció el remoquete de "gris y tonto". En él nació la palabra "estraperlo", llamada a tan ilimitadas resonancias, y ocurrieron los sangrientos alzamientos separatista de Cataluña y comunista de Asturias, verdaderos antecipos de la guerra civil. Y la vuelta del Frente Popular, con las perspectivas no ya de un bienio, sino de toda una época roja. Y un período de anarquía y caos, que culminó con el asesinato de Calvo Sotelo. Y el 18 de julio, seguido por treinta y tres meses de sangrientos combates militares sobre toda la rugosa piel del toro celtibérico.

Fuera de España, esos veintiún años presenciaron el auge del Nacional-socialismo

UNA FACETA DEL 29 DE OCTUBRE: LA UNIDAD

obrero alemán, la división de las naciones europeas entre la Democracia, el Comunismo y el Eje, una guerra pavorosa de un lustro y el hundimiento definitivo de Europa como rectora del mundo, única realidad histórica que hasta ahora vemos clara tras la victoria de la alianza democrático-comunista... Veintiún años muy llenos de Historia desde aquel 29 de octubre de 1933 en que nació Falange Española.

Yo era por aquellos años redactor político de "La Nación", que dirigía el inolvidable Delgado Barreto. Diariamente tenía que hacer el comentario de las sesiones del Parlamento. Era también vicepresidente de la Juventud carlista de Madrid, domiciliada en un viejo caserón palacio de la calle de San Bernardo, esquina a Silva. Al frente de esa juventud estaba el hoy general Cora Lira y, como presidente, Pablo Gaztañaga, un magnífico tipo de vasco que parecía arrancado de un grabado de la "Ilustración" sobre la carlistada del 70.

Monárquicos, falangistas, requetés y jonsistas convivían en el entusiasmo común de la causa de España. Recuerdo, entre otras muchas anécdotas, una tertulia en el café del Norte, de la Red de San Luis. Iban allí el venerable y anciano general carlista don Juan Pérez Nájera, algunas veces los hermanos Miralles y los Peláez, Ledesma Miranda, Juan Aparicio, Castroviejo, Rivas. Allí se llevaban las pruebas de la revista "J. O. N. S.", que se tiraba en una imprenta de la calle de la Reina, y del semanario "El Cruzado Español", de los tradicionalistas. Se corregían las pruebas y se comentaban los artículos. A veces Ledesma discutía con Gaztañaga sobre detalles de la técnica de insurrección, sacada de los modelos de Curzio Malaparte.

Me acuerdo muy bien de la mañana del 29 de octubre del 33. Era un día gris que amenazaba lluvia. La gente comenzó a llegar con bastante anticipación y se formaron corrillos en la puerta del teatro. Unos retenes de Asalto se estacionaron en las es-

quinas de Cuatro Calles y plaza de Santa Ana. Pasó una patrulla de guardias de caballería, embozados en sus capotoles azules, con los cascos de los caballos cubiertos de goma, que parecían deslizarse sobre el asfalto. La víspera había estado charlando largo rato con José Antonio en el despacho de Delgado Barreto. José Antonio era un hombre verdaderamente excepcional, un "César joven", como decía con su estilo de friso y lápida nuestro gran don Pedro (en la Falange y en las tertulias literarias no había más que un "Don", que era el señor Mourlane Michelena). José Antonio tenía un gran interés por el "tono" que había de darse a la información y los comentarios del acto fundacional. No quería tópicos de viejo estilo periodístico. Le agradaron mis ideas sobre este aspecto. "Tienes que hacer una cosa de periodista y raza", recuerdo que me dijo. Luego charlamos de los posibles incidentes y de la colaboración de los tradicionalistas. Salimos juntos hablando de todo esto. En la puerta nos esperaba Gómez, siempre pulcro, subordinado, tan leal al hijo como lo había sido en vida al insigne don Miguel. Gómez seguía siempre a José Antonio y le llamaba sobriamente "el Jefe". Vestía de negro, con cuello duro y cierto aire de clérigo en revolución.

Del acto de la Comedia nada he de decir, pues todo está ya muy dicho y bien dicho. Asistí desde el escenario como periodista y como vicepresidente de los requetés de San Bernardo, bastantes de los cuales estaban repartidos en la sala y en la calle, dispuestos a intervenir al lado de los falangistas si atacaban las milicias socialistas. Cada uno llevaba el arma que había podido agenciarse. Todos dispuestos a luchar, a matar y a morir, si era preciso, con pasión, con fe, con violencia, con coraje, con independencia, sin servilismos ni imposiciones: noble, gallarda y espontáneamente... ¡Tiempos aquéllos!

Sólo he de resaltar ahora una faceta muy interesante de aquella histórica jornada: su sentido de unidad española. Una de las personas más y con más cariño aplaudidas fue el anciano liberal don Antonio Royo-Villanova, campeón en el Parlamento contra los seperatistas. Sus intervenciones en la discusión del Estatuto catalán le habían dado una inmensa popularidad. Y los jóvenes falangistas, tan distantes de él en muchas cosas, le tributaron espontáneamente, una clamorosa ovación cuando entró en el teatro. Y pude observar que él también aplaudió con entusiasmo a los oradores.

Otros han estudiado y exaltado las múltiples y patrióticas facetas y consecuencias de aquel día inolvidable. Ahora, sencillamente, entre este recordatorio de históricas anécdotas, quiero resaltar aquí ese aspecto españolísimo, cordial y valiente: el sentido de Unidad del 29 de octubre de 1933.

J.-E. CASARIEGO

Abra mercados a
sus productos
anunciándolos en
la Edición Semanal
Aérea de ABC